



Alberto Hernández

http://www.letralia.com/ed_let/nubes

Editorial
Letralia
letralia.com/ed_let

Colección Poesía
Internet, enero de 2014

Escribir es un arte

pero también es un oficio y una profesión. El poder de llevar la creatividad al nivel de una obra maestra encaja en la primera definición; el manejo apropiado de herramientas en la segunda; corresponde a cierto carácter de escritores intentar que la tercera se desarrolle en un esquema que no interrumpa al arte ni al oficio.

Uno de los objetivos últimos de la literatura —obviamente, no el único— es publicar. Ver el propio nombre impreso puede ser alimento para el ego, pero también es la culminación de un proyecto que tuvo en un principio sus planos y coordenadas como cualquier otro.

Pero el mundo está cambiando y el papel no es soporte suficiente para la inquietud humana. En un lapso relativamente corto, el nuevo medio de comunicación que es Internet ha entrado en nuestras vidas y las ha revuelto, provocando rupturas en las fronteras de los paradigmas y concibiendo novedosas manifestaciones en todos los órdenes. La literatura no ha escapado a ello.

Para respaldar la obra de los escritores hispanoamericanos, la revista Letralia, Tierra de Letras, ha creado la **Editorial Letralia**, un espacio virtual para la edición electrónica. La **Editorial Letralia** conjuga nuestra concepción de la literatura como arte, oficio y profesión, y la *imprime* sobre este nuevo e intangible papiro de silicio.

Los libros que conforman las colecciones de la **Editorial Letralia** en los géneros de narrativa, poesía y ensayo son en su mayoría inéditos. Se acompañan con magníficas ilustraciones de artistas contemporáneos, muchos de ellos también *inéditos*. Pueden ser leídos en formato de texto o en HTML, y cada uno tiene su propio diseño. La tecnología le permitirá no sólo leer el libro que seleccione, sino además comentar con el autor o con el ilustrador sus impresiones sobre el trabajo.

La **Editorial Letralia** *imprime* sus libros desde la pequeña ciudad industrial de Cagua, en el estado Aragua de Venezuela. Nació en 1997 como un proyecto hermano de la revista Letralia, Tierra de Letras y es la primera editorial electrónica venezolana.

Reciba nuestra bienvenida y siéntase libre de enviarnos sus sugerencias y opiniones. A los escritores que nos visitan, les animamos a participar de esta iniciativa con toda la fuerza de sus letras.

Presentación

Cristina Rascón Castro

Alberto Hernández le canta a Japón. Desde una ventana de su tiempo, idioma y época, Alberto transgeneriza la poesía, el océano y los escalofríos. En una selección de poemas que rozan el haikai, la prosa, el microrrelato y regresan al poema, nos regala la visión de las islas japonesas, el shinkansen donde Kafka y Murakami convergen en Tamura, cerezos y mujeres en flor... ¿pero qué busca? El tema de Japón, anegado en sus referencias, me conmueve cuando «el mar sale del mar y entra al mar», cuando «ya no florezco», cuando «el mar borra un ideograma sobre la tierra» o cuando duda acerca de «lo que se creía era el océano». Es decir, Alberto utiliza la cultura japonesa que conocemos en Occidente para regresarnos a lo esencial: al ser humano frente al océano, la vida y la muerte. Nos induce a ver al otro desde la mirada de ese otro. Ver a Japón desde Japón. Y sentirlo propio.

Espero que el lector disfrute y encuentre sus propios pequeños parajes en esta oda a la sensibilidad japonesa, y que se detenga a observar cada uno de los detalles que nos enlazan. Será tentador, también, ir a la búsqueda enciclopédica de referencias no tan comunes, y de esa forma compartir el proceso de un *origami* de señales que aquí se nos regala. Doblar y doblar —ese lúdico placer—, para alcanzar a ver la grulla entre las nubes que pasan.

Puerto Peñasco, México, 2014.

Cristina Rascón Castro (Sonora, México, 1976) es escritora y traductora. Maestra en política pública comparada por la Universidad de Osaka (Japón) y licenciada en economía por el ITESM Campus Monterrey.



Las nubes que pasan (Poemas para Japón)

Ilustraciones: reproducciones
de obras de Katsushika Hokusai

*A Tadashi Tsuzumi, Fumiaki Noya, Yoko Imai, Akira Sugiyama,
Noriaki Takabayashi Iwasaki, Ayako Saitou, Takaatsu Yanagihara,
Kenji Matsumoto, Makoto Onishi y Ryukichi Terao
Maestros traductores.*

A Isami Romero Hoshino, por sus consejos.

Índice

Presentación, por Cristina Rascón Castro	3
Japón	11
Hoy estuve en Tokio	12
Poetas	13
Luego	14
Ya no florezco	16
Paloma	17
Viaje	18
Vuelta	19
Bokudo	21
Nube	22
Sesshu	23
Hokusai	24
La nube	26
Fukushima	27
Sendai	28
Maestros	29
Memoria	31
Kabuki un dios colérico	32

El suicida Dazai	33
Rashomon	34
Fumiko Hayashi	36
Una anciana	37
Mishima	38
La nube errante (Ukigumo)	39
Las cinco mujeres que amaron.....	41
Radiación (Godzilla).....	42
Una isla.....	43
Tarde de crisantemos	44
Toshiro Mifune	46
Horizonte	47
Yukiguni / País de nieve	48
Kioto	49
Diario de un muchacho	51
Kafka Tamura	52
Sueño profundo.....	53
Iniciación de los neófitos	54



Ola femenina

Japón

Iku Takenaka le canta a Japón,
Iku Takenaka reclama por un pájaro:
Los cerezos se mueven
 bajo el cielo extraviado.
El mar regresa a la tierra
 y se la traga.
El mar sale del mar
 y entra al mar.
Tiembla el aire bajo los pies de Iku Takenaka.
La tierra habla, mueve los huesos:
Takenaka le canta a Japón.
Takenaka calla
 y regresa con el mar.

Hoy estuve en Tokio

Nunca he estado en Tokio.
Sin embargo, sé de la ceguera
de Yasao Akeda
y me revuelco en las calles
de la ciudad vencida.
Me invade el olor de su olvido,
la tierra que lo devora bajo el sol.
Hoy estuve en Tokio y no supe de mí.

Poetas

Yone Noguchi llega a mi puerta.

Y toca.

Takuboku Ishikawa

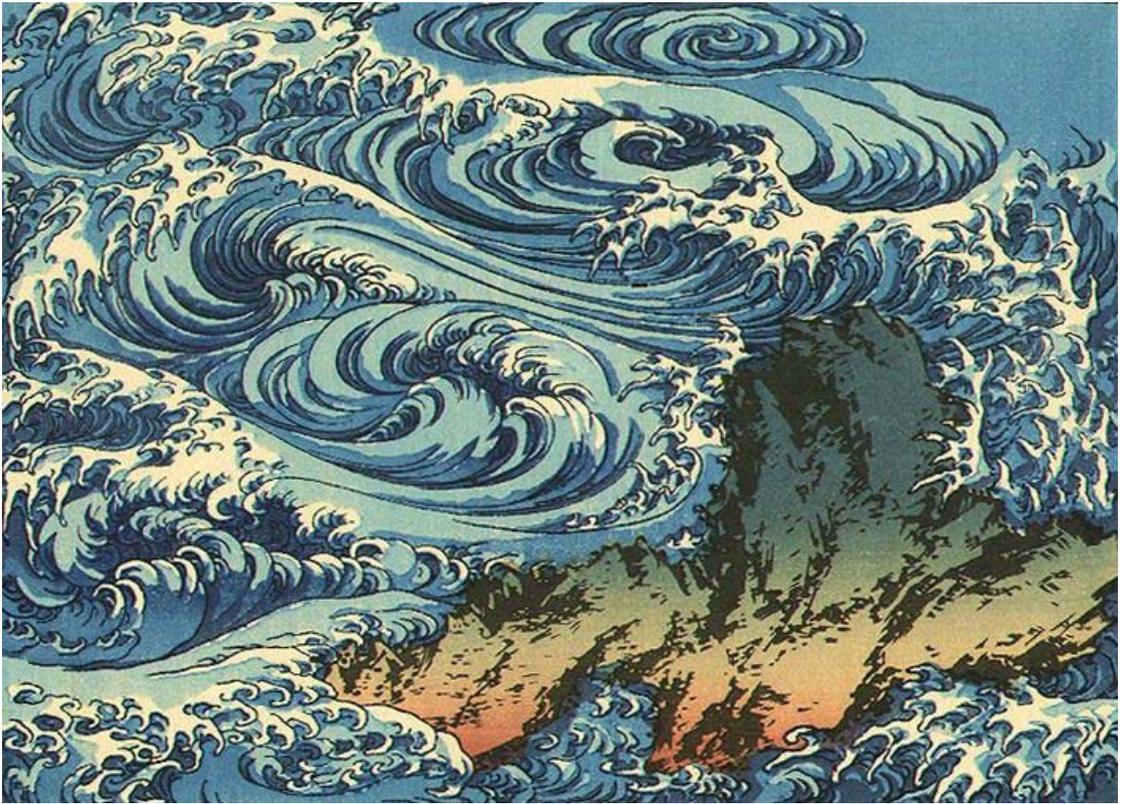
Entra alumbrado por la sombra del día:

Un hombre silencioso

Como un niño muerto.

Luego

Y después llamé con insistencia.
Mi corazón repleto y asolado.
«Si cantan los insectos»,
Le oí decir a Joseki Otani.
Y lloré.



El remolino de Naruto

Ya no florezco

Para Silvia González

Canto y me muerdo la lengua:
Viene el mar
Violento como un trompo.
Un poco antes
La tierra se soltó de su animal
En las patas de una bestia.
Ya no florezco, sangra mi lengua.

Paloma

Tórtola entre dos ramas:
Japón abre sus poros.
Amanece por el sur,
Nadie habla.

Viaje

Como un muerto
Miro las estrellas.
El mar pasa.
Muerto me miro.

Vuelta

Regreso sin ti,
Amor.
Mañana vuelvo.



El fantasma de Kohada Koheiji

Bokudo

Cuatro letras,
cuatro segundos bastaron.
Cuatro sonidos,
sólo cuatro.

Nube

Nace un paisaje. El miedo se hace carne
en el rostro de un niño.

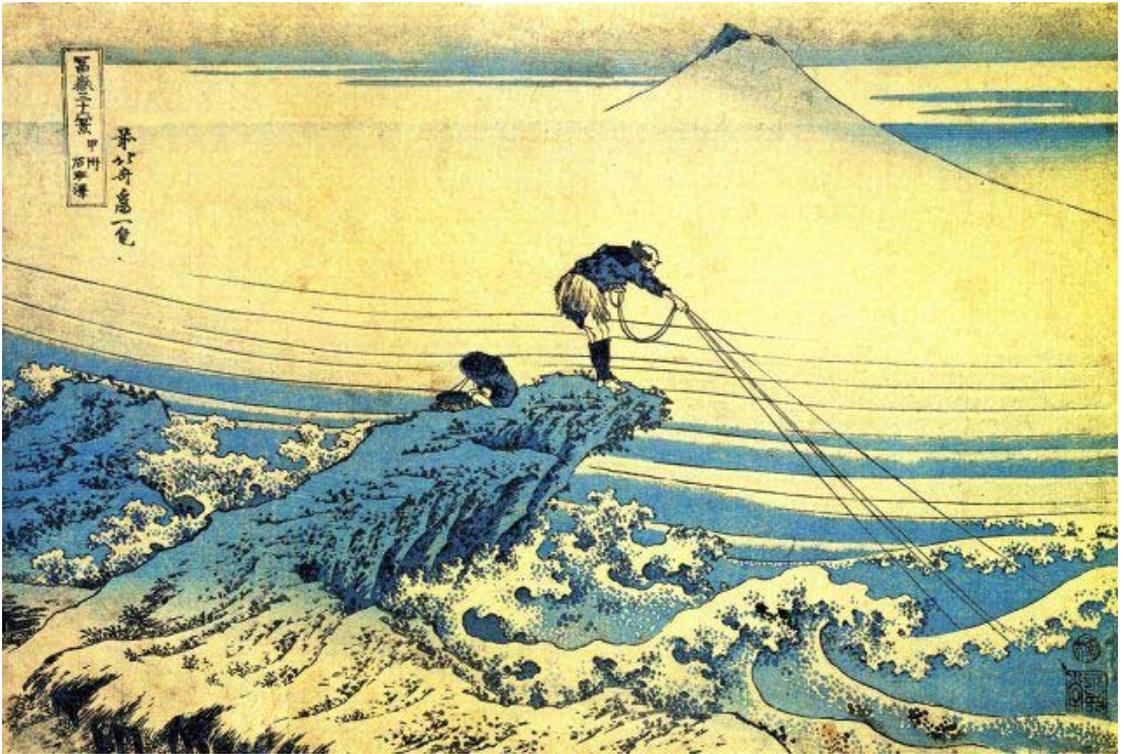
La nube pasa y queda. Un ojo abierto
cierra la tarde. Sobre la playa el humo, la nube que queda.

Sesshu

Una mancha en lo alto.
Un rasguño en el cielo:
Abajo, un desgarró de sal,
el mar salido de madre.
El *Paisaje* de Sesshu
también es un augurio, una avalancha
silenciosa en el Museo de Tokio.

Hokusai

Dos fuerzas se contraponen.
Los *luchadores* acercan sus sudores,
la sal de su esfuerzo.
La desnudez de los personajes
se afinca contra el suelo arrasado.



Kajikazawa en la provincia Kai

La nube

Corre el cielo entre cirros.
Cae en el mar, ahoga sus vientos en la orilla.
La nube se estaciona, cobra fuerza, casi habla.
Una cresta del mar entra en la Isla.
La tierra regresa silenciosa al fondo del océano.

Fukushima

Alguien nombra todavía
a Suginome Taro, el constructor del castillo,
el creador de la ciudad amurallada.
Pero no bastó su recuerdo:
el mar entró furioso al antiguo pueblo de Shinobu
y borró aquel ideograma de la tierra.

Maestros

El *Hokyo Zan Mai* del maestro Tozan
recorre limpiamente la boca del discípulo.
Las palabras aún suenan
en las frutas maduras que trajeron de China
los maestros Eisai y Dogen.
En alguna parte el silencio anuncia la unidad.
O la vuelta al silencio:
«La medianoche
es la verdadera luz,
el alba
no es suficientemente clara».
Maestro y alumno se encuentran.
Opuestos en medio de un *koan*,
inventan el camino.



Cabeza de un viejo

Memoria

¿Qué quedó del actor Iwai Kidaitaro?

¿Qué quedó de él?

Los ojos se aposentan en la catástrofe.

Una puesta en escena donde la muerte habla

y se concentra en los trazos del rostro

que Yakusha Kono-te Kashiwa

le atribuyó a aquel hombre

que suena en los oídos dormidos de los japoneses.

Kabuki un dios colérico

Dos rostros blancos,
el sacerdote crece ante los ojos sumisos
de los discípulos.

Dos rostros blancos,
un hombre y una mujer
y un plato de alimento.
Ahora son cuatro y comen en silencio.

El suicida Dazai

Hoy se suicidó Dazai Osamu.
El mundo perdió a un gran bebedor.
La escritura también fue *El ocaso*,
«*Shayo*» de aquella guerra interminable.
Hoy se suicidó y no hubo luto por su muerte.

Rashomon

Un samurái corta el aire.
El filo de la hoja tira de la piel del cuello.
De rodillas la súplica.
En breve, Rynosuke Akutagawa regresa y mira el desastre.



Olas del océano

Fumiko Hayashi

Una línea difusa se pierde en el mar.
O en lo que se creía era el mar.

Una anciana

Una vieja mujer llora.
Recoge los recuerdos tirados en el suelo.
El desorden le lava las lágrimas,
la aturde un pájaro que huye.
Su rostro redondo
enmarca el mundo que le queda.
Las manos heridas,
laceradas por el tsunami,
rescatan una muñeca muerta.
Alguien la mira. Alguien la cuenta entre los vivos.
Una anciana llora y la tierra gira al revés.
El mar se va sucio hacia el mar.

Mishima

Bajo *La pagoda de oro*
respira un joven monje. Un poco más allá,
detrás de cualquier puerta,
el mar muerde los tobillos de Japón.

La nube errante (Ukigumo)

Una nube extraviada cubre la casa.
Nadie advierte el temblor en el cielo,
El lomo áspero de la bestia,
Los ojos encendidos de la tormenta.
Pasa la nube de Futabatei Shimei
Sobre la Isla y la deshace.
Errante es su conducta.



Dragón

Las cinco mujeres que amaron

El flautista guía al dragón.
Los tamborileros animan la fiesta.
Tras el telón alguien se oculta.
Ibara Saikaku danza en el lienzo,
mueve la luz del sol, la del teatro.
¿Dónde están las mujeres?
En la flor del cerezo.

Radiación (Godzilla)

Un rayo en los ojos del dragón.
Bestia de humo, fauces de Godzilla,
devora la isla, la engulle y la lanza al abismo.
Una energía helada en la médula de la muerte.

Una isla

Una y otra isla. Una y otra tierra convertida en isla.
Una y otra para cantar con la boca cerrada.
Una isla y otra isla. Un archipiélago. Un árbol y otro árbol.
Un pedazo de sombra, el perfil de un anciano.
La cara de una niña. Una isla. Otra isla.
Todas las islas.

Tarde de crisantemos

Después del dolor, el amarillo del crisantemo abre los ojos de la niña.
El día termina y el sol se hunde en el último mar. Dorado es el imperio
del olvido. El llanto del faisán verde, la tragedia del *kiji*.
Nisshoku, Hinomaru, Sol rojo que flamea en la única ventana ilesa.
La tarde ya no es el Festival de la Felicidad.
La tarde no regresa como antes.



Cientos de poemas explicados por la enfermera

Toshiro Mifune

En *El día más largo de Japón* nadie recuerda el tiempo.
Sólo ha quedado el título y muchos peces muertos. La imaginación
me lo permite. Así especulo con Mifune montado en un dragón
mientras Akira Kurosawa altera el ritmo cardíaco
de *Los 7 samuráis*.

En *Sol rojo* se congela en el Polo Norte.
Ya se vislumbraba el mar en viaje hacia Japón.

Horizonte

«Era una ola gigante» —dijo Keiko.

«Era una bestia de agua» —afirmó Toshiro.

«Los que vieron todo ya no están» —añadió la muerte.

Yukiguni / País de nieve

Lento es el tiempo,
lentos sus pasos:
Camina Shimamura sobre el frío
mientras la joven Yoko abre la ventana:
Una explosión de luz arrastra los árboles del invierno.
(Kawabata despierta sobresaltado de su silencio)

Kioto

Era un día de primavera, tibio y brumoso.

Y. Kawabata

Cuando Mizui Shinichi llamó a Chieko
para invitarla a la muestra de flores de Heian,
ya el mundo se había movido bajo sus pies.
Entendieron que las flores también entristecen,
que a pesar de los «pétalos sucios y aplastados»
son hermosas por ser «flores caídas»,
como los hombres.
En la capilla de Heian
Chieko se inclinó y se quitó el kimono.
Entonces rezó por todas las flores muertas.



Viejo pescador fumando su pipa

Diario de un muchacho

Toyomasa, el pequeño que vivía con el abuelo,
escribió el diario de Higashimura.
Allí dice, con la anuencia de Ziko y Zuien,
santos monjes del nuevo templo,
del castigo por haber sacado del viejo convento
las estatuas de Buda.
Luego, la disentería se regó como un silbido largo.
La muerte se insinuaba en las calles.
Pero el abuelo, con sus medicinas, salvó muchas vidas.
«Nuestra familia se remonta a Yasutoki Hojo y tiene
setecientos años de antigüedad,
por lo que continuará existiendo. De seguro que volverá
a florecer».
Entonces siguió viviendo el viejo.
Un día, muy anciano,
a los setenta y cinco,
murió, pero fue distinto.

Kafka Tamura

Kafka huye, entra en un bosque.
Vive en una biblioteca,
hace el amor con una mujer mayor que él.
Es un fantasma.
Kafka Tamura huye de su padre.
A bordo del *shinkansen*,
Kafka Tamura se mira en el cuadro
«Kafka en la orilla del mar».
Mientras tanto, Haruki Murakami
escribe, borra, escribe. Mira a Japón por una ventana.

Sueño profundo

*Me gusta la noche. Me gusta con locura.
Durante la noche, cualquier cosa me parece posible...*

Banana Yoshimoto.

Cuando despertó,
Terako recobró la imagen del dinosaurio:
Borrosa era la realidad.
Un olor a helecho la hizo correr hacia la puerta.
Alguien llamó por teléfono.
Afuera no llovía. Sin embargo, una ola gigante
pasó silenciosa por una ventana cerrada al mundo.

Iniciación de los neófitos

Kenzaburo Oe dio un *Salto mortal*
que abarcó 800 páginas.
Las agujas de un reloj previeron el viaje de Kizu
por carretera. La estación Shinjuku
no mostraba multitudes,
sin embargo, era de esperar
que en cualquier momento de aquel abril
—que llevaba un sábado en su Ford Mustang—
nadie tomara en cuenta tal evento. No importaba
pasar cerca o dejar de nombrar la estación en el relato.
En todo caso, Kizu viajaba solo por la carretera. Una iglesia,
—borrosa es mi lectura nocturna—
se atraviesa ante sus ojos y los míos casi ciegos
por una catarata.
Unos niños juegan en silencio
en el jardín de una escuela,
creo recordar.
La iglesia, la fe, la locura del fanatismo, alguien que toca
una puerta fuera de la novela, cerca de la casa que habito.
La iglesia, digo, un ex líder que habla del *Salto mortal*,
y así,
hasta que Fukushima anuncia otro salto hacia el vacío.
Aún no termino de leer. Me faltan muchas páginas por morir.

Sobre el autor

Alberto Hernández es poeta, narrador, periodista y pedagogo venezolano (Calabozo, 1952). Tiene un posgrado en literatura latinoamericana en la Universidad Simón Bolívar y fue fundador de la revista *Umbral*. Ha publicado, entre otros, los poemarios *La mofa del musgo* (1980), *Amazonia* (1981), *Última instancia* (1989), *Párpado de insolación* (1989), *Ojos de afuera* (1989), *Bestias de superficie* (1993), *Nortes* (1994) e *Intentos y el exilio* (1996). Además ha publicado el ensayo *Nueva crítica de teatro venezolano* (1981), el libro de cuentos *Fragmentos de la misma memoria* (1994) y el libro de crónicas *Valles de Aragua, la comarca visible* (1999). Reside en Maracay, estado Aragua, Venezuela, donde dirige el suplemento cultural *Contenido*, que circula en el diario *El Periodiquito*. En Ciudad Letralia mantiene la avenida *Crónicas del olvido*.



Las nubes que pasan (poemas para Japón),
de Alberto Hernández,
fue publicado en *Editorial Letralia*,
espacio de difusión del libro digital,
el 20 de enero de 2014.



Las nubes que pasan
(Poemas para Japón)

Alberto Hernández

http://www.letralia.com/ed_let/nubes